

polarizado o radicalizado entre izquierda o derecha que reduzca la fragmentación, la realización de reformas institucionales para estimular el desarrollo de vínculos partidarios.

Por último, el trabajo ofrece una relación de propuestas de los principales partidos en las áreas de: política, política exterior, social (educación, salud, trabajo, cultura, habitación y urbanización, seguridad social, medio ambiente) y economía (política agrícola, industrial, papel del Estado), en la parte correspondiente al anexo.

María D'Alva Gil Kinzo no ha querido dejar de lado ningún factor y lo expuesto en la *Radiografía do quadro partidário brasileiro* muestra la gravedad del multipartidismo que se expresa en la inconsistencia de ese tipo de reformas en el sistema, al no llegar a representar a la ciudadanía de forma cabal, con lo cual se dificulta aún más el ascenso a la democracia en un país con características políticas tan singulares como lo es Brasil.

Gabriela Ugalde de García
INSTITUTO MORA

Baccheta L. Victor, *20 años después. Las historias que cuentan. Testimonios para una reflexión inconclusa*, Instituto del Tercer Mundo, Montevideo, 1993, 176 pp.

Hoy, a poco más de dos décadas del golpe de Estado en Uruguay, es necesario tratar de interpretar lo que ocurrió en medio de los más disímiles rumores en los momentos previos y posteriores a éste, para así compren-

der las huellas y heridas que el golpe dejó en el país. Es por ello que desde que se tuvo conocimiento de la inminencia del golpe de Estado y hasta recientemente, diferentes autores han tratado de rescatar las memorias de los principales personajes que vivieron y sufrieron, en su caso, ese trascendental momento en la historia del Uruguay.¹

Para situar adecuadamente este libro titulado *20 años después*, es útil conocer la situación política y económica que antecedió a la quiebra institucional uruguaya.

Uruguay, un país con una arraigada tradición democrática, vivió durante la década del sesenta una de las peores crisis de su historia y, en 1971, al factor económico se le agregó la entrada en escena de nuevos actores en la arena política: una fuerza política que pondría en duda el tradicional bipartidismo,² el Frente Amplio, constituido como una coalición que agrupó en su seno a partidos, grupos y movimientos de izquierda; en 1963 habían surgido los Tupamaros, una guerrilla urbana que, con acciones espectaculares, negaba la tradicional forma de hacer política; y un tercer actor, las

¹ Al respecto véanse el libro de Silvia Dutrénit, *El maremoto militar y el archipiélago partidario. Testimonios para la historia reciente de los partidos políticos uruguayos*, Instituto Mora/ECS, Montevideo, 1994; el libro de Omar Prego, *Reportaje a un golpe de Estado*, La República, Montevideo, 1988; y los testimonios recogidos por Marta Harnecker, *Frente Amplio. Los desafíos de una Izquierda legal*, La República, Montevideo, 1991.

² Desde el siglo XIX, la política había sido mayormente dominada por los partidos tradicionales Colorado y Blanco o Nacional.

fuerzas armadas, llamadas para hacer frente a la sedición,³ las que sin embargo, una vez alcanzado ese objetivo, se opusieron a regresar a los cuarteles, con el pretexto de “ser las garantes de la seguridad y el desarrollo del país”. Aunado a lo descrito en estas líneas anteriores, los trabajadores, sin duda el sector más afectado por la crisis, que tradicionalmente habían depositado su confianza en los partidos como articuladores políticos de sus demandas y remuneraciones del Estado, encabezaron importantes movilizaciones sociales en defensa de sus reclamos ante la incapacidad de los propios partidos políticos para conseguirlas.

Por su parte, los partidos políticos permanecían un tanto alejados del conflictivo contexto que vivía el país, en medio de una grave crisis de credibilidad. Los partidos, que estaban preocupados más por sus diferencias intra e interpartidarias y por las marcadas diferencias entre el Legislativo y el Ejecutivo, valoraron mal la capacidad de las fuerzas armadas. Es decir, no se percataron a tiempo de que estaban perdiendo su posición hegemónica en la política nacional y que, en los albores del golpe de Estado, no lograron consolidar una estrategia común para enfrentar la creciente injerencia de los militares en las decisiones estatales y dar una salida política a la crisis. Final-

mente el 27 de junio de 1973 el presidente de la república, Juan María Bordaberry,⁴ decretó la disolución del Parlamento.⁵

Al contrario de lo que se podría haber esperado, no fueron los partidos políticos quienes encabezaron la oposición inicial al golpe de Estado, como señala Baccheta, ese honor les correspondió a los trabajadores.

Desde el inicio de la crisis, la Convención Nacional de Trabajadores había resuelto responder enérgicamente a esa situación, como la llama el autor, de “fuerza”.⁶ La huelga general estalló desde las primeras horas del 27 de junio, y logró la paralización económica y educativa del país durante casi dieciséis días. No obstante que la medida impulsada y organizada por los trabajadores no fue, por tanto, una forma de resistencia encabezada por los partidos políticos, se desprende del contenido del libro que, en la organización y en el levantamiento de la huelga general, no fue ajena la colaboración del Partido Comunista. También habría que precisar que el Frente Amplio fue otra de las fuerzas políticas que colaboró activamente en el movimiento obrero.

Y si bien el levantamiento de la huelga general “era la triste constatación de que se habían frustrado todas

³ En 1971 esta fue una decisión presidencial, pero en 1972 las mayorías de los partidos tradicionales Colorado y Nacional, votaron en el Parlamento por el Estado de Guerra Interno, con lo que se otorgó a las fuerzas armadas el poder de discernir sobre las garantías individuales de los uruguayos.

⁴ Del Partido Colorado.

⁵ El autogolpe de Bordaberry no era el primero en la historia del país, ya en 1933 y 1942, los presidentes Gabriel Terra y Alfredo Baldomir, respectivamente, lo habían practicado. Lo peculiar del golpe de 1973 fue que éste se apoyó en las fuerzas armadas.

⁶ P. 45.

las expectativas de frenar el golpe de Estado, de producir un vuelco favorable al pueblo en sectores militares y de generar algún cambio en la actitud asumida por las Fuerzas Armadas”,⁷ dicho levantamiento fue, como dice Líber Seregni,⁸ un hito en la historia del país “que permitieron que seamos hoy lo que somos”.⁹

Es así que el análisis de los sucesos enunciados y, más específicamente, los ocurridos en los meses de junio y julio de ese 1973, es el objeto del libro de Víctor Baccheta. El escritor apoya su estudio en “la historia contada” mediante entrevistas que realizó a cuarenta y siete protagonistas de los hechos. La diversidad de las interpretaciones y posiciones vertidas en la obra son el resultado de los particulares ámbitos de los que provenían los personajes, tales como la política, la sociedad civil y los sindicatos.

El libro está dividido en tres partes. La primera, “La historia contada” contiene once pequeños capítulos en donde se engloba el estudio de lo acontecido entre el 26 de junio y el 11 de julio de 1973: la consumación del golpe de estado y los esfuerzos de la sociedad civil para impedirlo mediante la huelga general. La segunda parte, “Crónica de los hechos”, es un relato minucioso, día a día, de lo sucedido en ese periodo. La tercera parte, “Reflexiones”, se divide en dos capítulos: uno que abarca los pormenores del

levantamiento de la huelga general y otro en donde se deja hablar a los entrevistados dando lugar a las “formas muy diferentes de vivir y contar después la misma historia”.¹⁰

Lo novedoso de este texto es la divulgación de asuntos poco señalados en otras obras sobre el tema, ejemplo de esto último son: los esfuerzos de diferentes organizaciones como los tupamaros, un grupo del Partido Comunista y el sector legalista¹¹ de las propias fuerzas armadas, para presentar una resistencia armada, la cual no pudo concretarse, y las conversaciones que se dieron entre los huelguistas y los representantes del régimen. Vale la pena mencionar lo siguiente: el autor sostiene que “un régimen autoritario no se explica sólo por el poder y la eficacia de los golpistas, sino también por las circunstancias de la sociedad que lo hicieron posible. Ningún sistema de gobierno es viable si no cuenta con un mínimo y sólido consenso social”.¹²

Finalmente, Baccheta deja abierta la posibilidad del debate: “Hasta aquí el relato, las historias y reflexiones de este conjunto de protagonistas de los sucesos de junio y julio de 1973. Como decíamos al comienzo, nos propusimos reconstruir algunos hechos y abrir un debate fructífero entre todos, porque todos estuvimos y estamos involucrados. Ahora, la palabra la tienen ustedes.”¹³

¹⁰ P. 8.

¹¹ Se llama legalista al sector institucional de las fuerzas armadas y contrario por ende al golpe de Estado.

¹² P. 8.

¹³ P. 176.

⁷ P. 69.

⁸ Líder del Frente Amplio, preso durante casi todo el periodo dictatorial.

⁹ P. 174.

Pero siempre motivando a los posibles lectores de su obra a participar de la discusión, con el propósito de rescatar enseñanzas de la experiencia vivida, y no con la intención de juzgar a

los hombres que participaron en los sucesos.

Araceli Leal Castillo.
INSTITUTO MORA